

Un nuevo retrato de Platón en Atenas y la estatua de Platón por Silanión.

Por el Dr. ANTON HEKLER, Profesor de la Universidad de Budapest.

El suelo de Grecia ha sido hasta ahora poco fructífero para las investigaciones iconográficas. El material para la historia del retrato de los hombres de letras griegos, lo constituyen, en lo esencial, hallazgos efectuados en Italia. En contraposición a las magníficas series de retratos en los Museos de Roma y Nápoles, en las colecciones de Atenas encontramos aquel género de retrato representado sólo por algunos



ejemplos. Esta breve lista de documentos iconográficos (cabezas de Epicuro, Metrodoro, Aristóteles y Demóstenes) ha podido recientemente completarse con algunos grandes nombres (Menandro, Herodoto, Sófocles Farnesio), pero seguían faltando siempre los dos grandes astros del firmamento espiritual griego: Eurípides y Platón, cuyas imágenes, llegadas hasta nosotros en numerosos ejemplares, hasta hace poco tiempo fueron objeto de los más diversos juicios. Esta era la situación cuando una revisión de los almacenes del Museo Nacional de Atenas, para la que fuí amablemente autorizado, nos brinda ahora una nueva repetición, acertadísima, del retrato de Platón. El aparecer el primer retrato seguro de Platón en

Atenas sería ya, por sí solo, un hecho importantísimo; pero la cabecita, (16,5 cm.), tan expresiva a pesar de sus diversas mutilaciones, revela

conclusiones importantes para la Iconografía y la Historia del Arte.

Las antiguas fuentes escritas no dan cuenta más que de una sola efigie de Platón, y es ésta la estatua de bronce de Silanión, consagrada a las Musas por el persa Mitrídates y erigida probablemente aun en vida del filósofo, hacia el año 355 antes de J. C., en la Academia de Atenas. Con esto está de acuerdo el que, en los monumentos que han llegado hasta nosotros, existe un solo tipo de retrato de Platón. Los trece ejemplares, reconocidos como tales gracias al Platón sobre estípite, de Berlín, que está acreditado por inscripción, son todos indubitavelmente variantes procedentes de un mismo original. El número considerable de copias tardías (siete) se explica por la nueva preponderancia de las doctrinas platónicas en los siglos II y III después de J. C., que debió motivar el interés por los retratos del maestro.

Pero todas las réplicas conocidas no bastaron para aminorar la desilusión producida por la aparición en aquel primer retrato seguro de Platón; pues, aun en los ejemplares mejor ejecutados del comienzo de la época imperial, bajo la seca y huraña seriedad de las facciones, no se puede descubrir nada de la inspiración y de la áurea riqueza del alma de Platón. En vista de este testimonio coincidente, la moderna crítica consideraba a Silanión como un seco realista sin inspiración.

Sobre el conjunto de su estatua de Platón, tenemos conocimiento sólo por vaciados en yeso de una estatuilla, falta de cabeza, pero con inscripción del nombre. El filósofo, cubierto con un grueso manto, está sentado sobre un bloque de piedra, con el cuerpo encorvado, en actitud casi torpe y pesada. En la concepción de la figura sentada, reina la emocionante sencillez, que elude todo agrado, que nos es conocida como característica del estilo, precisamente en monumentos de mediados de aquel siglo. En el decenio siguiente, como lo prueban relieves originales fechados, empieza una marcada animación en la figura sentada. La considerable diferencia de escala entre la estatuilla (55 cm.) y las réplicas de cabezas (tamaño natural) impedía que prosperase la idea de intentar reconstruir toda la estatua de Platón. Además, en mí personalmente, existía la reserva de que las copias en mármol que se conocían del retrato de Platón no tenían la fuerza espiritual suficiente para poder dar vida al cuerpo torpe y recogido de la estatua.

Estas dificultades desaparecen ahora todas en la nueva réplica encontrada por mí en Atenas. La cabecita, que en total mide sólo 16,5 centímetros, a pesar de su tardía época (pupilas excavadas; principios de la época de los Antoninos aproximadamente), revela desde el primer instante la mano griega que la ejecutó, por el modo fresco, casi abocetado, de estar tratado el mármol y por la distribución magistral de los decisivos acentos de expresión. La mirada penetrante y las facciones con melancólicas arrugas, revelan una sensibilidad de investigador iluminada

por una suave resignación, y una profunda espiritualidad, que las restantes copias apenas permiten adivinar: uno cree estar delante de la primera ejecución verdaderamente congenial, del retrato de Platón.

En presencia de este nuevo ejemplar, tan extraordinariamente expresivo, creí que debía atreverme a intentar una reconstrucción de toda la estatua. La unión, efectuada con el competente auxilio del escultor Paul Pátzay, de la cabeza de Atenas con el tronco de la estatuilla correspondientemente aumentada de tamaño, condujo, como muestra la figura adjunta, a un resultado que excede a todas las esperanzas. Ya no cabe la duda de que ambas partes se corresponden; en la estatua ahora recuperada todo queda como si fuese una estatua fundida. Es asombroso cómo la fuerza de expresión de la cabeza impregna el cuerpo, tan ancho de espaldas, y cómo compensa así la primitiva impresión de torpe pesadez. Con esta rápida y provisional reconstrucción, a mi parecer hemos recuperado no sólo a Platón, sino también a Silanión como maestro alabado por Plinio, del arte de la expresión del carácter.

Una estadística de 1597 sobre la navegación extranjera en el puerto de Sevilla.

Por el Profesor Dr. ERNST SCHÄFER, Delegado del Instituto Ibero-Americano de Hamburgo, en Sevilla.

Durante los últimos diez años del reinado de Don Felipe II la lucha de las dos rivales, España e Inglaterra, fué más intensa que nunca. Habiendo mermado peligrosamente el poder marítimo de España como consecuencia del desastre de la «Armada Invencible», los ingleses se hacían de día en día más temibles, y en junio del año 1596 se atrevieron a repetir la fechoría de 1587, entrando con una gran flota en la bahía de Cádiz, saqueando y quemando la ciudad, en cuyo puerto la flota de Nueva España sufrió una lamentable derrota.

Esta hazaña de los ingleses sembró el pánico entre todos los que en aquella época estaban interesados en el tráfico marítimo entre España y sus colonias. En el año siguiente la flota española que con una carga riquísima de plata venía de las Indias, no osaba acercarse a la costa de la Península, infestada por los ingleses, y se refugió en el puerto de la Isla Tercera, aguardando allí los refuerzos que se iban enviando desde Sevilla, para conducirla en salvo a la desembocadura del Guadalquivir. Un estado nervioso se había apoderado de cuantos estaban pendientes